

Capítulo uno.

Decía Nietzsche:

«Las personas que brindan su plena confianza creen por ello tener derecho a la nuestra. Es un error de razonamiento: los dones no dan derecho».

Resulta irónico, lo absurdo que quedan algunas actitudes, con las que sacamos pecho, cuando un día las recuerdas.

Es fácil hablar, y mas simple aun prometer, pues se hace con la espera de que lo dicho quede en mera anécdota.

Ya no espero

nada de nadie.

Quien me piense, que me
escriba.

Quien me extrañe, que me
busque.

Quien me quiera, que lo
demuestre.

Pero llega un día, un aciago día, o dos, en que las cosas dejan de ser cómodas, y todo aquello que se prometió, se dijo y se perjuró, cae en saco roto, porque no estábamos preparados para incomodarnos ni un solo minuto de nuestra vida.

Tengo miles de defectos, y el mayor, es el que me define en la frase de filósofo alemán.

Espero que la gente se comporte conmigo, como yo lo hago o haría, y sigo equivocándome una y otra vez.

Este año, ha sido extraño, han pasado demasiadas cosas aciagas, que si algo positivo han dejado, es la lista, interminable lista, de gente que no volverá a estar en mi vida.

De todo se aprende, y cansado de esperar reacciones, ya no espero nada de nadie, quien está a mi lado, lo ha estado ahora y siempre y aunque da vértigo darte cuenta de lo solo que estás, no es malo, pues te hace redefinirte como persona y volver a tomar las riendas de tu propia vida, ahora si, más libre y más liberado a la vez.

Ya ni me cabrea, todo lo contrario y si escribo esto, es porque ya ni pena me da y me sirve para cerrar capítulo y abrir un libro nuevo, donde esas personas ya no tendrán cabida, ni siquiera como referencia a pie de página.



Don't pass judgment on another person until you have walked a mile in their moccasins.

Proverbio, de los nativos americanos.